

RESEÑAS

Del ciudadano romano al ciudadano global

«Reseña» a Manzanal Ciancaglini, A. (2021). *Ciudadano de la evolución*.

Madrid: Tecnos, 136 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

Es bien sabido que lo que constituyó el modelo de sociedad política en la antigüedad marcó la Historia Universal. El Imperio de Alejandro Magno, modelo inspirador del Imperio por antonomasia, el Imperio Romano, inspiró a su vez a todos los que en lo sucesivo intentaron tomar la antorcha grecorromana: no sólo el superviviente Imperio Romano de Oriente, sino también el Sacro Imperio Romano Germánico, las sociedades imperiales atlánticas o los modernos estados continentales tales como Estados Unidos, la Unión Soviética o la actual China. Todos ellos se inspiran en el modelo imperial ya señalado.

Esta idea general es la que trata de recoger el autor del libro que aquí reseñamos, *Ciudadano de la evolución*, obra de Augusto Manzanal Ciancaglini. Este joven autor, que curiosamente lleva como nombre el del primer emperador romano, ya ha desarrollado una extensa carrera personal y editorial. Licenciado en Ciencia Política y de la Administración por la UNED española, se autodefine como ciudadano de España, Italia, Argentina, República Dominicana y Holanda. Con formación en Geopolítica, intenta gestionar su cosmopolitismo y entender el mundo a través del estudio de estrategias en

μετάbasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

las relaciones internacionales. Es investigador, columnista habitual en ViceVersa Magazine y ha colaborado con multitud de medios de España, Argentina, Honduras, El Salvador, Venezuela, Panamá, Ecuador, Costa Rica y República Dominicana. En el ámbito de la Geopolítica ha desarrollado las actividades de docente, investigador y divulgador, tanto en el sector público como en diversos centros de pensamiento y revistas académicas. Además, ha sido columnista y articulista invitado en la radio y en más de cien medios gráficos y digitales en un total de quince países diferentes, tanto en el formato en papel como en digital.

Esta vivencia cosmopolita queda evidenciada dentro de su breve ensayo, *Ciudadano de la evolución*, una obra que, pese a no ser muy extensa, es capaz de presentar en sus pocas páginas toda la Historia que abarca desde el Imperio Romano hasta nuestros días, con un estilo ágil y originales metáforas.

El Prefacio ya anticipa este estilo ligero y ágil: «En esta obra se taladrarán temas y autores, de la manera más sigilosamente posible, pero no por ello se dejará de salpicar con profanaciones que pueden crisar a especialistas y a exégetas profesionales. De cualquier modo, lo que aquí se intenta exponer es comparable al acto de construir un robot con trozos de automóviles; los fabricantes, conductores y mecánicos no se deberían alarmar» (11).

Ciancaglini pone como punto de partido la Roma imperial, la ciudad eterna, fundada por Rómulo y Remo, aunque señala que ese punto de partida imperial se inspira en la mitología griega, a través de la *Eneida* de Virgilio:

Las raíces legendarias van más allá y se remontan a la Guerra de Troya: después de resistir por años el asedio griego y con el frecuente auxilio de algunos dioses, el troyano Eneas, «afamado por su piedad y su valor guerrero», llega a orillas de un río que «sosiega su hervorosa corriente».

Allí, Latino, el rey de los latinos, esperaba a un extranjero para casarlo con su hija Lavinia; los oráculos habían presagiado que éste terminaría siendo el señor del Lacio. Eneas, con sus velocísimos caballos de frenos de oro, entre guerras, alianzas y tanteando al precavido monarca Latino, logró finalmente desposar a Lavinia, inaugurando un linaje que llegaría hasta Rómulo y Remo, y más tarde con alguna *gens* que se atribuyó la descendencia.

En *La Eneida*, epopeya escrita por Publio Virgilio Marón, poeta oficial de Augusto, se puede observar el ordenamiento de esta historia, la cual estructura la de Roma enlazando todos los orígenes, conforme a la justificación para fomentar esa unicidad inexpugnable, poseedora del derecho inalienable de la inextinguible propagación: «¡(...)Roma extenderá gloriosa su dominio a los lindes de la tierra y su

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

ánimo a la altura del Olimpo! Y cercará de un muro sus siete ciudadelas» y «Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo, a los soberbios» (16-7).

La originaria monarquía romana, después convertida en república y más tarde monarquía imperial con la institución del César a partir de Augusto, fundará instituciones que se harán universales y modelo para toda la posteridad. En este sentido, el Imperio Romano fue un imperio de carácter metapolítico, un Imperio que aspiró a reorganizar todo el mundo conocido, el *Mare Nostrum*. En este sentido, la idea de que el Imperio Romano fue inspirado por los mitos griegos, los mismos que sirvieron para que Alejandro Magno se justificara como emperador, conectan ambos imperios. Esa es la misma idea que señala Gustavo Bueno:

Un Imperio universal que no ha de verse sólo desde la perspectiva *emic* del grupo humano que lo conforma, sin salir del horizonte de un valle fluvial más o menos extenso, proclamándose, megalómanamente, «Rey de reyes». Ha de verse desde la perspectiva *etic* del grupo que ya tiene noticia de la totalidad del planeta, a través del cual el género humano está disperso, que tiene noticia de la esfericidad finita de la Tierra, como la tuvieron ya los griegos en la época de Alejandro [...]

Por ello, la idea filosófica de un Imperio universal, requiere que el rey que asume la hegemonía deje de hacerlo como tal rey particular, en el caso, como Rey de Macedonia, porque la hegemonía sólo podrá mantenerse, no ya en el terreno diapolítico de la dominación de un reino o estado sobre los otros, sino en el terreno, metapolítico, de quien impera en nombre del Género humano, sólo representable, en principio, como un Dios encarnado en el emperador. Por ello Alejandro no pretendió ordenar el universo a título de Rey de Macedonia, sino a título de Hijo de Zeus o de Ammon.

Tras Alejandro, la idea filosófica de Imperio se «encarnará» en otros Imperios, en cierto modo herederos del Imperio de Alejandro, y principalmente en el Imperio romano, ya sin duda en su primera fase (la que va de Augusto a Constantino). Pero sobre todo en su segunda fase, la del Imperio de Oriente, Bizancio, la que va desde Constantino I, en el siglo IV, hasta Constantino XII (o XIV) Dracosés en el siglo XI, a cuya muerte Constantinopla fue ocupada, en 1451 por la Yihad encabezada por Mahomet II (Bueno, G., 2008, 2)

Una vez que cae el Imperio Romano de Occidente, «Roma pierde la corona triunfal para acoger la corona de espinas, aunque termina siendo honrada con una suntuosa tiara papal, que no eran más que tres coronas superpuestas. Los sucesores de Pedro se invisten en

μετάbasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

romanidad y van acopiando poder: lo que es del César y lo que es de Dios, en ausencia de ambos, lo administra el Vicario de Cristo» (78). Así, la ciudad eterna pasa de ser la sede del imperio a la sede de su dudoso heredero, a través de la apócrifa Donación de Constantino. Los intentos de heredar la posición del Imperio Romano de monarcas medievales, como el de Carlomagno y el Sacro Imperio, necesitarán de la venia papal.

Una de las preguntas que cabría hacerse ante el sintético ensayo de Ciancaglini es la morosidad de trato que le otorga precisamente al imperio que es el origen de su nacionalidad: el Imperio Español. Ni una sola referencia encontramos al respecto. Lo único que se acerca es la «italianización» de Cristóbal Colón: «Los venecianos impusieron su superioridad en el Este empujando a la potente Serenísima República de Génova con tal intensidad que tiempo después, un genovés, Cristóbal Colón, se dirigiría empecinado hacia Occidente» (81). Así, no solamente se da por supuesta la condición de genovés del descubridor del Nuevo Mundo, sino que parece, según el relato de Ciancaglini, que Colón actuase solo, o quienes le financiaron para que pudiera llevar a cabo sus viajes, los Reyes Católicos, nada pintasen dentro de la Historia Universal. Más adelante, señala Ciancaglini que «Atravesando la doctrina del Destino Manifiesto y las pérdidas territoriales de Francia y España en Norteamérica, se encuentra con la extenuante Guerra de Independencia, el flemático George Washington plantea una conflagración defensiva que gana con la ayuda francesa y española» (106), surgiendo así los Estados Unidos, originados por los primeros colonos del Mayflower, resultado de la «anglobalización, un retraimiento expansionista en respuesta al imperialismo español» (106). En el resto del libro, ni una sola mención.

¿Por qué esta omisión? Podríamos preguntarnos ante este clamoroso silencio si es por ignorancia o simplemente porque eso le supondría desviarse de su tesis; al fin y al cabo, para el sentir general o la opinión pública la Historia de España se interpreta desde la Leyenda Negra, el relato torcido y desviado que considera a los españoles como la encarnación del mal en el planeta, así que, desde este supuesto, el autor nos habría ahorrado páginas redundantes y sin valor. ¿Para qué volver sobre un tema ya agotado y que no conduce hacia ninguna parte? ¿Para qué añadir decimales sobre semejante interpretación torcida, basada en omitir lo positivo y exagerar lo negativo? La Leyenda Negra ya no está de moda; incluso países como Holanda han manifestado que van a dejarla de lado a la hora de interpretar la Historia de España, y solamente desde la perspectiva de un fenómeno editorial sumamente inflado cabe añadir algo más a lo dicho por Juderías y otros historiadores de prestigio hace ya tiempo.

Claro que esta hipótesis que aquí formulamos no deja de ser una mera conjetura, pues del silencio sobre un tema no cabe más que, en efecto, conjeturar. Aunque, examinando la amplia bibliografía que el autor señala al final de su obra, observamos que la misma nada

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

tiene que ver con ningún imperio concreto, más allá del Imperio Romano de referencia. Las que tienen relación con el Imperio lo analizan desde una perspectiva que ha cobrado nuevos bríos en la actualidad: la Geopolítica, de la mano principalmente del teórico más prestigioso al respecto, Henry Kissinger. Desde esta perspectiva, lo que se analiza es el mundo desde una perspectiva de bloques enfrentados y en equilibrio, lo que Samuel Huntington denominó como «choque de civilizaciones», que desembocaría en un cierto equilibrio de poder para alcanzar lo que Kissinger denomina como «orden mundial». Como señala explícitamente Kissinger: «La esencia para edificar un orden mundial constructivo es que ningún país en concreto, ni China ni Estados Unidos, esté en posición de ocupar por sí solo el papel de liderazgo mundial como lo ocupó Estados Unidos en el período inmediatamente posterior a la Guerra Fría, cuando era material y psicológicamente dominante» (Kissinger, H., 2016, 236).

Desde esta perspectiva, la presencia de España sería la de un miembro más dentro de la denominada como «civilización occidental»; a lo sumo, su lugar de prestigio en la Historia lo encontraríamos, desde esta perspectiva, en haber sido una de las sociedades atlánticas que durante la era de los descubrimientos surcaron el mundo. Desde este punto de vista, sería comprensible este en apariencia sorprendente olvido.

Y es que las referencias a obras de Kissinger como *Diplomacia* u *Orden mundial* son paradigma de la idea de Imperio que el autor ejerce en su libro. El imperio como una constante antropológica. Una *hybris* o voluntad de poder, el deseo de dominar sobre otros pueblos; el imperio, en definitiva, como facultad subjetiva de un emperador (Bueno, G., 1999, 171-88). Una cita del historiador John Darwin, autor que utiliza Ciancaglini en su bibliografía, es muy explícita al respecto:

Una segunda propensión de las comunidades humanas ha sido la acumulación de poder a gran escala: la construcción de imperios. Es más, ha resultado tan difícil crear comunidades políticas autónomas sobre fundamentos étnicos frente a la fuerza gravitatoria de la atracción cultural o económica (así como a las disparidades de fuerza militar) que, a lo largo de la historia, los imperios (donde diferentes comunidades étnicas tienen un mismo gobernante) han sido la forma política de organización por defecto. El poder imperial ha sido más la norma que la excepción (Darwin, J., 2012, 45).

Dentro de sus parámetros, el libro de este joven autor ofrece referencias sorprendentes por su precisión. Y es que, partiendo de los mecanismos de *otium* que iniciaron los romanos, logra situar juegos en principio tan banales para la mayoría de los estudiosos como el fútbol, como elementos centrales a la hora de configurar una sociedad globalizada:

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

La expulsión de un objeto hacia el campo ajeno como recurso para vencer no es algo exclusivo de las competencias que divertieron a tantos habitantes de la península itálica, sino que engloba a casi toda disputa deportiva de pelota en el mundo, lo que sí llama la atención es su diversidad autóctona; desde el *harpastum* romano aparecen el *calcio storico fiorentino*, el *pallone col bracciale*, el *pallapugno*, la *palla elastica*, o el *tamburello*, entre otros. A simple vista adjudicarles a todos ellos un implícito carácter reactivo podría dar lugar a equívocos, dado que el objetivo de puntuar en el territorio contrario indicaría una dinámica propensa al ataque. [...] La suprema manifestación de ello atraca en Italia sobre el más difundido de los entretenimientos: es probable que el fútbol per se deba su estimación a la exigüidad del gol, de ahí que su consecución desate los entusiasmados festejos de una consumada acción decisiva; un doble en básquet es una rutina continua, un gol en el fútbol es la heroica victoria de lo particular, y su áureo valor se deriva de su proximidad al cero, el cual lo impele hacia la permanencia determinante, el diáfano recuerdo y la incidencia expansiva que va más allá de un solo partido. [...]

El cínico cerrojo plagado de faltas tácticas y teatralidad se engarzó completamente la figura del *libero*, equivalente futbolístico del *optio romano*, el cual se ubica por detrás de los sólidos defensores, organizándolos y facilitando con su cobertura del espacio la tarea de los responsables del contragolpe (96-7).

Y así Ciancaglini sigue avanzando hasta consolidar el final de este trayecto, corto pero intenso, desde el Imperio Romano, la primera sociedad de carácter universal (el heredero del primer imperio de carácter universal, de carácter diapolítico, el Imperio de Alejandro Magno) hasta nuestra compleja sociedad global; el hombre central, el ciudadano eterno heredero del ciudadano romano, personificado bajo el nombre de Ken Tralis, ahora convertido, en el sentido aureolar que postula la ideología de la globalización, en ciudadano global (Bueno, G., 2004, 257-60):

El águila romana se había trasladado al Nuevo Mundo, aunque, como siempre, revolotea dondequiera, mientras, con el caparazón cada vez más desnudo, el exsúbdito Ken Tralis, ya consciente de su consciencia, levanta su *plumb* hasta quedar *plumb* (de *lead* a *lead*) y la aguarda; piensa arrimársele para susurrar entre sus plumas que ha conseguido estar y, al recibir bienestar, se dio cuenta que es capaz de vislumbrar su enhestar, la postura justa del hombre central. Entonces, el águila agarrará a Ken Tralis por la frente y lo deslizará a través de la ciudad (127).

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Y es que Ciancaglini, por el momento, no es capaz de plantear una alternativa a la globalización oficial, la que afirma que existen una serie de instituciones, principalmente empresariales, que se encuentran ya por encima de los estados y son los que guían a ese ciudadano global heredero del hombre central, del ciudadano romano:

El Estado de la globalización está inmerso en la era de las marcas-nación, y el grado de estímulos que le exigen respuestas se incrementa exponencialmente; por dentro sus ciudadanos son receptores y emisores tanto de valor económico como de poder político. Por fuera una cantidad ingente de actores espolean también a su manera. Pero entre unos y otros, en la ascendente desemejanza dada por la conexión, generan, cada vez más, una continuidad que rodea al Estado y a un tiempo lo atraviesa: este abrazo, además de hacerle expeler su potencia, foguea a un Estado en constante transformación y lo lanza a adoptar una flexible disposición plenamente consciente de sus dilatables tareas. En este sentido, la política es un auxilio ejemplificador para el hombre central, quien se dota de toda su femenina autoría (121-2).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Bueno, G. (1999). *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial.

Bueno, G. (2008). *Bernardo del Carpio y España*. *El Catoblepas*, Nº 72, 2.

Bueno, G. (2004). *La vuelta a la caverna. Terrorismo, Guerra y Globalización*. Barcelona: Ediciones B.

Darwin, J. (2012). *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales, 1400-2000*. Madrid: Taurus.

Kissinger, H. (2016). *Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de las naciones y el curso de la historia*. Madrid: Editorial Debate.

Recibido: 28 de Julio de 2021.

Aceptado: 11 de Agosto de 2021.

Evaluado: 23 de Agosto de 2021.

Aprobado: 01 de Septiembre de 2021.